

Una (modesta) mirada psicológica a la persona y la obra de José María Eguren

Ramón León Donayre

Universidad Ricardo Palma

rld310850@yahoo.com.mx

Lima – Perú

Escribir literatura no es un gesto social. Puede encontrar un público, pero, en la medida en que sea literatura de verdad, ese público no deja de ser sino un destinatario provisional: está creada para lectores imprecisos, lectores que aún tienen que nacer, lectores destinados a no nacer nunca, lectores ya nacidos y muertos; también para lectores imposibles. A menudo, como un discurso propio de locos, presupone la ausencia de lectores. En consecuencia, al escritor le cuesta estar al tanto de los acontecimientos: como en las viejas historietas, se ríe y llora a destiempo. Sus gestos son torpes y solo secretamente exactos, es muy imperfecta su forma de dialogar con sus contemporáneos. Es un fulminante tardío y sus discursos son ininteligibles para muchos, también para él mismo. Hace alusión a acontecimientos ocurridos hace dos siglos, que ocurrirán dentro de tres generaciones (Manganelli 2014, p. 275).



Resumen

El autor lleva a cabo una aproximación psicológica a la vida y la obra del gran poeta peruano José María Eguren, cuyos versos revelan no solo un soberbio conocimiento del sentido y las connotaciones de las palabras, sino también una sensibilidad superior, que muchas veces se encuentra entre personalidades introvertidas. En los poemas de Eguren la superioridad expresiva se vincula a una melancolía de base, algo frecuente en muchos otros poetas y escritores a través del tiempo.

Palabras clave: José María Eguren, psicología, poesía, melancolía.

Abstract

The author takes a psychological approach to the life and work of the great Peruvian poet José María Eguren, whose verses reveal not only a superb knowledge of the meaning and connotations of words but also a superior sensitivity, which is often found among introverted personalities. In Eguren's poems, expressive superiority is linked to an essential melancholy, something familiar in many other poets and writers over time.

Key words: José María Eguren, psychology, poetry, melancholy.

“Una (modesta) mirada psicológica a la persona y la obra de José María Eguren” he titulado a este breve trabajo. El adjetivo “*modesta*” debe ser entendido en dos sentidos: en el del valor de mi breve contribución, como también en el alcance que la psicología tiene para desentrañar el misterio de su obra poética.

Sobre lo primero no hay mucho que decir, pero sobre lo segundo sí.

Parto del presupuesto de que la contribución de la psicología a la comprensión de la creatividad siempre será modesta. La creatividad, obsesivamente estudiada en los últimos años, es, demás está decirlo, mucho más



El Eguren allí retratado debe haber tenido unos 40 o 45 años. Abundante cabello negro arremolinado hacia la derecha, con algunas canas, bigote cuidado.
<https://www.letrarequipa.com/2016/10/jose-maria-eguren.html>

antigua que la psicología. Todo en este mundo atestigua su presencia desde los inicios mismos de la humanidad: desde las ruinas más antiguas hasta las edificaciones ultramodernas; desde la mitología griega, hindú o nórdica hasta las sofisticadas concepciones del hombre, el lenguaje, la sociedad, el universo, que circulan hoy y son objeto de numerosas discusiones. La creatividad existe desde que el hombre está en la tierra, mucho antes de que inclusive él comenzara a tomar conciencia de su humanidad. La creatividad es ubicua, atemporal, y es, también, democrática: está presente en todos nosotros. Sí: su presencia está allí, en alguna parte de nuestro ser, y se expresa en alguna intuición que ilumina aún al pensante más humilde, en la “idea loca” que alguna vez hemos tenido, y que hemos desechado por temor a ser objeto de burla de nuestros amigos o familiares. No grandes ideas, “ideas locas”, ideas imposibles y desafiantes, que nos hacen retroceder en el proceso de seguir pensando. Allí se encuentra muchas veces un adarme de creatividad. Solo es, diríamos, un asunto de medida, pero al final es el asunto más importante: en unos (la mayoría) esa medida es pequeña y aparece una vez; en otros (los menos) es desbordante y frecuente.

En unos se expresa de una forma (la gastronomía, por ejemplo), en otros se manifiesta en ámbitos académicos o en espacios científicos.

La psicología, tal como la conocemos y la practicamos, siempre rendirá solo una modesta contribución a la comprensión de la creatividad, porque es en realidad su hija, porque se nutre de ella. Todo el lenguaje que la psicología ha creado para estudiar, entender y tratar de desvelar el misterio de la creatividad (véase por ejemplo López Pérez 2008), ese lenguaje es también hijo de la creatividad. Por ello, siempre la psicología se quedará un paso atrás en el proceso de entenderla. Siempre habrá espacios recónditos, inexplorados, insospechados, en la creatividad, a los que la psicología, vía los test, los cuestionarios, las entrevistas en profundidad, las reflexiones sesudas, los simposios, no podrá llegar o solo conseguirá iluminar de modo parcial. Y eso, creo que vale también para las neurociencias, tan en boga en nuestros días.

Dicho esto, permítaseme desarrollar mi modesta mirada a la persona y a la obra del gran vate peruano.

Los que promediábamos la educación secundaria allá por las postrimerías de los 60 debíamos escoger entre Letras y Ciencias para los dos años finales, el cuarto y el quinto. Yo opté por Letras y llevé un curso anual de Literatura Peruana. Aún conservo, después de tantos años, los apuntes de las excelentes clases del profesor Raúl Castillo González, que incluían la declamación de párrafos de novelas y de algunos poemas.

No consigo recordar cuál era el texto que empleábamos; quizás fue el de Antenor Samaniego, muy usado en ese entonces. Sea cual fuere dicho texto, este desarrollaba el “programa oficial” de la asignatura en unas 150 páginas de formato sobrio, con escasas ilustraciones. ¡Nada de las maravillas tipográficas, ni de las ayudas didácticas de los textos modernos!

En una de las unidades se trataba de José María Eguren. Tres de sus poemas fueron leídos y comentados en clase: “Los reyes rojos”, “La niña de la lámpara azul” y “Juan Volatín”. En mis apuntes aparecen en tinta roja y subrayadas palabras que el profesor nos dio a conocer: “foscós” era un término que nunca antes había escuchado; “atridas” tampoco, así como “silfa” y “capelo”. Nosotros, los adolescentes de esos años, no éramos los lectores imposibles a los que refiere Manganelli, sino más bien estábamos imposibilitados de entender las creaciones poéticas egurenianas.

No eran muchos los recursos de los que se disponía para caracterizar a los novelistas y poetas. El internet y los videos estaban aún muy lejos de aparecer, e incluir fotos en los libros elevaba los costos de impresión. Por eso, en el texto del curso se incluía un esbozo del rostro de Eguren ejecutado por algún hábil dibujante. Solo años después, en la universidad, vi una foto del poeta, probablemente la más conocida, que es la que aparece en la portada de sus *Poesías completas*, editadas por Ricardo Silva Santisteban (Eguren, 2015).

El Eguren allí retratado debe haber tenido unos 40 o 45 años. Abundante cabello negro arremolinado hacia la derecha, con algunas canas, bigote cuidado. Vestimenta “correcta” para la época (tres piezas), camisa con cuello “paloma” o “pajarita” y corbata oscura. Mucha formalidad, aligerada por un semblante amistoso. He visto hace muy poco, navegando por internet, otra foto de él, de cuerpo entero, con pelo canoso, al lado de Gabriela Mistral, quien lo visitó en 1938. Y, por último, una pequeña foto que lo presenta de perfil, ya en su senescencia.

Eguren: formal, más bien serio, y poco interesado en llamar la atención de los demás. Los dos autorretratos no solo acreditan sus cualidades de pintor; también ponen de manifiesto la exploración que él llevara a cabo del segmento de mayor relevancia social de su realidad física, aquel en el que -según muchas teorías de antaño- se podía atisbar el alma de la persona: el rostro (Lersch, 1932).

Esa es la imagen inicial del poeta peruano, tocado por un aire de cierto distanciamiento de la realidad, esbozando una sonrisa que se nos ocurre tímida. Esa imagen acompañará al lector en el recorrido de su poesía, labrada día a día, en una intensa concentración en sus propios sentimientos y en una exploración denodada de la quintaesencia del lenguaje.

Los psicólogos, en particular, buscarán, vía esos elementos más la información biográfica disponible, hacerse de una imagen de su personalidad.

Los psiquiatras y psicólogos se han interesado por la personalidad de los grandes creadores no solo en los últimos tiempos, en los que la creatividad es estudiada vinculándola a las así llamadas “inteligencias múltiples” (Gardner, 1995). Ese interés siempre ha existido como lo demuestran los escritos (de comienzos del siglo XX) de Freud dedicados a Dostoievski, Miguel Ángel y a Leonardo da Vinci (Freud, 1968a, 1968b, 1968c). Especialmente en el primero, como también en los

escritos de Arthur Schnitzler, el padre del psicoanálisis encontró muchas de las intuiciones que se anticipaban a las suyas (Wellek & Warren, 2009). Tanto así que en una carta dirigida a este último (judío, médico y habitante de Viena como él, así como también incisivo oteador de las motivaciones ocultas de la conducta humana; Le Rider, 2016), le escribe en tono de confesión:

No es que me sienta normalmente inclinado a identificarme con otra persona, ni que deje a un lado la diferencia de talento que me separa de usted; *pero siempre que me dejo absorber profundamente por sus bellas creaciones me parece hallar, bajo su superficie poética, anticipadas suposiciones, intereses y conclusiones que reconozco como propias.* Su determinismo y su escepticismo -la gente lo llama pesimismo-, su preocupación por las verdades del inconsciente y las pulsiones del hombre, su destrucción de las seguridades culturales-convencionales de nuestra sociedad, su adherencia a los pensamientos sobre la polaridad del amor y la muerte, todo esto me conmueve con una inquietante familiaridad. (En un librito titulado *Más allá del principio del placer*, publicado en 1920, traté de destacar a Eros y la pulsión de muerte como principios dominantes cuya interrelación se encuentra en la base de todas las incógnitas de la existencia). Así, *he llegado a formarme la impresión de que su intuición -o más bien una autoobservación detallada- le ha permitido llegar a lo mismo que yo he descubierto sólo mediante un laborioso trabajo de observación de otras personas* (citado por Casals, 2015, p. 176, subrayado nuestro).

Podríamos decir que, de Freud en adelante, psiquiatras y psicólogos descubrieron una nueva veta de estudio: la personalidad de novelistas, músicos, escultores, poetas. La bibliografía resultante es demasiado abultada como para citarla acá; cada año aparecen nuevos estudios en la forma de libros, de artículos o de ponencias en congresos especialmente dedicados a tratar de la obra de tal o cual escritor, de tal o cual novelista. Es cierto: hay de todo y abundan apreciaciones y especulaciones desmedidas o atribuciones injustas de rasgos de personalidad, especialmente de rasgos psicopatológicos. Pocos han guardado la mesura de un Karl Jaspers al abordar la personalidad de Strindberg, de Hölderlin o de van Gogh (Jaspers, 1968), y son mayoría los que se acogen a los desbocados pareceres de Lange-Eichbaum (1928), psiquiatra alemán a quien le resultaba muy fácil (demasiado fácil en realidad) encontrar patologías por doquier en el mundo de la cultura.

También el gran público se ha interesado por los artistas y los poetas. Entre los simples mortales la imagen de los poetas es la de personas poseedoras de una sensibilidad



muy particular, casi única, como única también es su capacidad para perennizar esa sensibilidad en su obra poética. Una sensibilidad por cierto un poco enfermiza, cuando no abiertamente patológica.

¿De dónde proviene esa imagen entre la mayoría de las personas? Pues en realidad de la vida desaforada de algunos en los que la escritura era interrumpida o alimentada según el caso por periodos de excesos y desmanes conducentes a la autodestrucción (Baudelaire, por ejemplo) o por manifiestos cuadros de enfermedad mental (Strindberg). También de sus amores desdichados, de sus convivencias tormentosas con parejas, de desaguisados y hasta delitos cometidos (François Villon), y tantas cosas más. También han hecho lo suyo excentricidades y manías de algunos escritores, muchas veces cultivadas *ex professo* y expuestas públicamente como una forma (a veces tragicómica) de realzar el aura de misterio y originalidad que trataban de forjar. Así, las leyendas han terminado convertidas en anécdotas, y las anécdotas han sido magnificadas hasta volverse leyendas.

Mientras viven, muchos poetas y escritores aparecen ante sus coetáneos como personas algo perdidas para orientarse con propiedad en el tráfigo de la vida cotidiana, un poco indefensas para afirmarse y salir adelante en medio de la jungla que toda ciudad es en el fondo, y hasta objeto de burlas y reproches por parte de quienes se preguntan por qué no se ganan la vida como el resto de la humanidad.

De hecho, muchos poetas y literatos se ganaron la vida (durante buena parte de ella o a lo largo de toda su existencia) trabajando como todos los demás. En *Trabajos forzados*, Daria Galateria (2011) hace referencia a “los otros oficios de los escritores”: T. S. Eliot fue por muchos años empleado de la banca “**trabajaba en un sótano, inclinado, como un pájaro negro en su comedero, sobre una mesa repleta de cartas, a un metro de su cabeza, un cristal que daba a las aceras de la calle, donde sonaban incesantemente los tacones**”, escribe. (p. 10). Guillaume Apollinaire también se desempeñó un tiempo en una institución bancaria. Recordemos además que, tras la caída de Perón, Jorge Luis Borges fue designado director de la Biblioteca Nacional de Argentina (Williamson, 2006); lo mismo sucedió con nuestro Ricardo Palma tras la infausta Guerra del Pacífico (Pérez Garay, 2019). El propio Eguren trabajó como bibliotecario.

Género exigente, aristocrático (escrito por pocos, leído por pocos y valorado y apreciado por aún menos),

la poesía es cultivada por personas muy diversas. La imagen del poeta abstraído, habitante de la estratosfera y poseído irremediabilmente por el estro poético, es solo eso, una imagen. Seres humanos como han sido, son y serán siempre los poetas, ellos tienen que ganarse la vida como mejor pueden. Algunas sociedades crean premios, sinecuras o funciones que les permiten pasar algún tiempo con tranquilidad y dedicarse a lo suyo: los premios Pulitzer incluyen la categoría de poesía; existe la denominación de Poeta Laureado en Estados Unidos y en el Reino Unido. En Alemania hay numerosos premios (con una envidiable dotación económica). Otras sociedades, la peruana entre ellas, no suelen ser tan generosas, como bien sabemos.

Hay, por supuesto, entre los poetas también grandes diferencias en su biografía, en su origen, en su conducta y en su destino.

Los hay nacidos en modestos hogares y encumbrados hasta alcanzar el reconocimiento nacional, el norteamericano Robert Frost, como también los que fueron recibidos en cuna de oro al llegar a este mundo: el chileno Vicente Huidobro. Soberbios con una muerte violenta y sórdida como Chocano; y modestos, poco afectos a concitar la atención de los demás como César Vallejo, que avizoran su día final (“me moriré en París con aguacero/un día del cual tengo ya el recuerdo”). Hay, asimismo, los que de modo premeditado cultivaban el *pathos* de la distancia: Stefan George.

Están también los que partieron a la eternidad con la certidumbre de la inmortalidad: Goethe. Y los muertos en tierras extrañas abrazando románticamente la causa de otros, como Lord Byron, o después de haber sufrir carcelería y encierro manicomial: Ezra Pound. O sencilla y llanamente enloquecidos tras una sangrienta persecución por el régimen stalinista: Mandelstam, muerto algún día en un lejano, perdido lugar, en medio de esa inconmensurable nada de hielo y nieve que es Siberia en sus tenebrosos días de invierno.

Y no faltan los enigmáticos, preocupados por temas parapsicológicos pero también autores de poemas en los que hay presagios de lo que hoy se vive, como W. S. Yeats y su *The second coming* [*La segunda venida*]:

Girando y girando por la espiral que se ensancha
El halcón no puede oír al cetrero.
Las cosas se desmoronan; el centro no se sostiene;
mera anarquía se desata sobre el mundo,
se libera la marea teñida de rojo, y en todas partes
es ahogada la ceremonia de la inocencia.



“La niña de la lámpara azul” uno de los poemas de Eguren es muy leído y comentado en clase.

https://issuu.com/kia4r245/docs/poemario-_la_ni_a_de_la_lampara_azul_alison_ram_r

Los mejores carecen de toda convicción, mientras los peores

están plenos de intensidad apasionada.

Y los hay por supuesto, normales y transtornados, pues en pocos casos como en el de los poetas circula con mayor fuerza la hipótesis de *mad-genius* (la vinculación entre la enfermedad mental y la genialidad) que muchos psiquiatras y psicólogos enarbolan. No se puede negar que la relación de poetas en los cuales los transtornos mentales eran evidentes es en verdad significativa: desde Hölderlin hasta Gerard de Nerval. En algunos casos, muy remotos en el tiempo, solo tenemos sospechas: Alajouanine (1972) vincula los estados de éxtasis de San Juan de la Cruz, el de “muero porque no muero”, con ciertas formas de epilepsia. Inclusive, en fecha reciente se ha sostenido que Yeats era un autista (Walker & Fitzgerald 2014).

En otros, el fin de sus vidas ha sido “anormal”, porque en la cultura occidental la única muerte “normal” es la que ha sido resultado de una “causa natural”. En esa categoría podemos incluir a numerosos suicidas: aparece en mi memoria en primer lugar Paul Celan, quien se quitó la vida en 1970, el autor del célebre poema “Fuga de la muerte” (“**Negra leche del alba la bebemos de tarde/la bebemos a mediodía de mañana la bebemos de noche/ bebemos y bebemos/cavamos una fosa en los aires no se yace allí estrecho**”), en

el que la proclama un maestro de Alemania: “*Der Tod ist ein Meister aus Deutschland*” (“**La muerte es un maestro de Alemania su ojo es azul/te acierta con una bala de plomo te acierta con exactitud**”) (Celan, 2013, Sparr, 2020). Pero al nombre de Celan hay que agregar muchos, muchísimos más (Montesinos, 2014).

Y los hay, por último, en los que sensibilidad, crueldad y locura conviven con una naturalidad sorprendente, tan sorprendente e inesperada como su repentina muerte: Robert Lowell (Jamison, 2017).

En ninguna de estas variantes de la *mad-genius* hipótesis encaja José María Eguren. Quienes lo conocieron y trataron lo recuerdan discreto, cuidadoso, animado en conversaciones con sus amigos, incansable caminante (unos afirman que, por dificultades económicas, otros aluden a su interés por explorar el panorama humano de la Lima de su época). Soltero inveterado, atendido y protegido por sus hermanas, y con una fantasía rica. Recatado.

Recatado sí, pero sin embargo dispuesto a darnos a conocer su rica vida interior a través de sus poemas, porque al fin y al cabo toda poesía es una confidencia. Eguren habría hecho suyas las palabras del ya mencionado Celan (2013): “**El paisaje del que yo vengo -¡por cuántos rodeos! ¡pero existen acaso los rodeos? - el paisaje del que yo vengo hasta ustedes debe de serles, a la mayoría, desconocido**” (p. 497).

Introvertido sí: así era Eguren. Su rico mundo interior se expresa en su poesía. Evoquemos al poeta en las tardes de cualquier día de la semana en su casa de la Plaza de San Francisco, uno de los lugares más tranquilos y bellos del distrito de Barranco, trabajando como orífice en cada uno de sus poemas, buscando y encontrando la palabra precisa, la construcción adecuada, que hacía posible la expresión de las mil imágenes que poblaban su mente.

Y, sin embargo, su introversión no le impedía disfrutar de tardes de fin de semana en las que acudían a su casa otros poetas, amigos y admiradores. Martín Adán, otro habitante del Barranco de la época, lo visitaba.

Según la descripción que hace Ernst Kretschmer (1961): “**Son como escuetas casas romanas, villas que han cerrado sus ventanas al esplendor del sol, pero en cuyo interior, amortiguado, triunfa la fiesta**” (p. 213), sobre uno de los tipos de temperamento que él propone, puede aplicarse a Eguren.



¿Cuántos de los muchos que se cruzaban con él por las calles de Lima o por las del distrito barranquino podían sospechar, siquiera adivinar, que el que iba por la misma vereda era un gran poeta, un mundo de fantasías que bullía en su cerebro y que, antes o después de las caminatas, procedía a trabajar hasta que ellas se rindieran y quedaran apresadas en palabras?

A los extraños Eguren debió parecerles, como hemos dicho, uno más, tal vez un oficinista, un poco indefenso, solitario.

Como el de la mayoría de los introvertidos, el mundo de Eguren era el de los libros. Quien lea sus poemas, independientemente de la sensibilidad para aprehender su sentido y experimentar el impacto de ellos, quien los lea como simple lector si se permite la expresión, se preguntará de dónde conocía Eguren tantas palabras: “templete”, “poterna”, “rútilo”, “marisma”, “gacho”, “umbela”, “cañerla”, “estuoso”, “leda”, “berilo”, “pontina”, “sinsonte” y tantos más.

Hombre de libros (lo adivinamos como un asiduo frecuentador de obras lexicográficas), Eguren era, como diría Roudinesco (2019), un **“clínico de la lengua, el texto y la palabra”** (p. 278). Me atrevo a decir que sometía a cada vocablo a un “estudio de caso”, elemento central de la clínica en medicina y en psicología (Pongratz, 1975).

Es decir, era alguien que se acercaba con unción a cada término, viéndolo como un universo que aun podía ser explorado y meditando sobre sus potencialidades expresivas. Cada sustantivo, cada adjetivo, cada verbo: examinados por horas, meditados durante días. Solo así consiguió llegar a la médula de la palabra, descubriendo matices y connotaciones de ella, después de horas de trabajo y de decisiones sobre cada línea en cada poema.

En los poemas de Eguren, los recuerdos cobran vida. Me aventuro a suponer que “La capilla muerta” expresa las añoranzas de sus años infantiles en la hacienda Chuquitanta y Pro: **“Hoy al santuario vuelvo de la remota hacienda,/vetusto, colonial, florido en otros días;/ y antes de que el alma vida al meridión descienda,/ vislumbro sus paredes, sus bóvedas sombrías”**.

La melancolía, no la depresión, se asoma en muchos de sus poemas a través de las añoranzas, de sus constantes referencias al amor y a la muerte. Nadie mejor que Romano Guardini (2019), no un psiquiatra ni un psicólogo (y mucho menos un depresivo), sino un

sacerdote y filósofo, para definirla: **“ella es como el aire que rodea a todo, como un fluido que recorre todo, como una profunda amargura y también una profunda dulzura que se entremezclan con todo”** (p. 47). Parecen palabras pensadas en el poeta peruano y en su obra.

Son muchas las grandes obras literarias hijas de la melancolía: desde las *Meditaciones* de Marco Aurelio hasta los *Ensayos*, tanto los de Montaigne como los de Bacon. Impregnado de melancolía está asimismo el *Oráculo manual y arte de prudencia*, de Baltasar Gracián. Los artificios del idioma que tan magistralmente domina y emplea el conceptista aragonés no consiguen aminorar la frialdad de sus afirmaciones, la franqueza desembozada y rayana en el cinismo, así como la visión desilusionada de los demás. Su *arte de prudencia* es lo que él ha traído de retorno de su incursión en la jungla humana, y sus consejos son melancolía destilada tras dolorosos desengaños de quien al comienzo creyó que los seres humanos somos “imagen y semejanza” del Creador. Y por eso lo que escribe en España es aceptado por toda Europa hasta hoy (Fumaroli, 2019).

En el Perú, según sostiene Silva-Santisteban (2019) “todos los cuentos de Valdelomar poseen un tema único: el de la muerte” (p. 14); la melancolía planea en cada poema de Vallejo y su presencia es reconocible además en las novelas de Bryce Echenique, así como el abatimiento lo es en las narraciones de Ribeyro; por supuesto también en la obra de Eguren.

Pero, dejando de lado las disquisiciones sobre la personalidad de Eguren, podemos concentrarnos en otro aspecto de interés: el de su trabajo como escritor. Lo imaginamos alguna tarde o alguna noche (o todas) sentado en su escritorio, en medio del silencio, labrando su obra, dejando fluir su sensibilidad en cada línea de poesía, pero al mismo tiempo sometiéndola a las reglas de la estética poética. En fin, tomando decisiones, porque cada poema en su versión final, en aquella que aparecerá en la página para el que está destinado, exige decisiones irrevocables. La poesía no permite errores. Y allí está, solo con su sensibilidad y su imaginación, solo con sus palabras, explorándolas, sintiéndolas. ¿Revisó poemas suyos previos? Por cada poema logrado, ¿cuántas versiones previas desechó?, ¿consultó con la almohada, dejando que el hoy llamado inconsciente cognitivo hiciera lo suyo?, ¿se desveló buscando el término y la construcción que mejor reflejaran lo que quería expresar?

De acuerdo a Joseph Brodsky (1996), son preguntas que apuntan a su modo de trabajar, a su forma de



enfrentar la incertidumbre y la inseguridad que están en el núcleo mismo de toda creación poética y que acompañan al poeta a lo largo de todo su trabajo. De acuerdo a dicho poeta hasta los títulos deparan momentos de angustia, pues estos son “un asunto bastante difícil” y “están vinculados a muchos riesgos” (p. 130). Brodsky, un rusoestadounidense de origen judío, con mucho oficio en esos menesteres, sabía de todos los riesgos que la poesía trae consigo. Él sufrió maltratos, vigilancia, cárcel y trabajos forzados, antes de ser deportado a los Estados Unidos; en 1987 se le concedería el Premio Nobel de Literatura.

Debería escribirse un libro titulado *Psicología de la creación poética peruana*, en el cual por supuesto Eguren, Vallejo, Chocano, Martín Adán merecerían cada uno un capítulo. Mucho habría que tratar en sus páginas: no solo aspectos de su personalidad sino también las motivaciones para escribir poesía, los temas elegidos, los días de “sequía”, así como los de intensa creatividad, sin olvidar por supuesto el entorno social, tan poco estimulante o, aún, absolutamente indiferente cuando no hostil frente a todo lo que fuera creación poética. Cómo cada uno de los poetas mencionados reaccionó ante esto, y se forjó (solo o con la ayuda de otros) un ambiente protegido en el que pudiera proseguir su obra.

Hay todavía otro aspecto psicológico. El del impacto de la obra en el lector. Cada cual lee según sus intereses y entiende según sus luces. Todos somos lectores potenciales pero la lectura es un acto voluntario, una expresión de libertad (Hopkins Rodríguez, 2015); nadie está obligado a leer y hay quienes (y no son pocos, por cierto) han hecho el secreto juramento de no leer nunca y han demostrado a lo largo de su vida una admirable fidelidad a la promesa juramentada.

¿A qué lector se dirige Eguren? En la Lima de su época había grandes figuras literarias: estaban Manuel González Prada y José Santos Chocano. Había asimismo personas de amplísima cultura y sensibilidad que les permitía reconocer lo superior: José Carlos Mariátegui, por ejemplo. Pero tampoco debemos imaginarnos la Lima de entonces como una arcadia, en la que el gran público estaba pendiente de la última novedad bibliográfica. No. Eso no ocurría en Lima entonces, como tampoco ocurre hoy: **“para la sociedad peruana o limeña, la literatura era una actividad prescindible”**, anota Podestá Airdi (2018, p. 473) refiriéndose a la Lima de Mariátegui (que era también la de Eguren).

¿Pensaba Eguren, como muchos autores, en quienes habrían de leerlo? Probablemente se dirigía a ese lector impreciso del que habla Manganelli, pues su poesía “hace alusión a acontecimientos ocurridos hace dos siglos, que ocurrirán dentro de tres generaciones”. ¿Era consciente el vate de los sentimientos que su obra poética despertaría entre sus lectores?

Este, el de la resonancia espiritual del poema leído o escuchado, es un tema particularmente espinoso sobre el cual la psicología ha guardado silencio en siete idiomas:

Cuando encontramos en trabajos de historia de la literatura que un poema o un estilo es calificado colmo sentimental, sobrio, elegante, gracioso, apasionado, precioso, patético, íntimo, ¿tiene esto que ver la psicología, hay una investigación psicológica previa que sirva de fundamento para tal afirmación? Hasta ahora eso no es posible, porque la ciencia psicológica no ha tratado sobre los adjetivos mencionados. Pero si emprendiera esa tarea, cómo procedería y que resultados se obtendrían.

Eso se preguntaba Walter Blumenfeld (1925). Casi un siglo después esas interrogaciones esperan todavía una respuesta.

Cada ser humano es un universo. Hay el Eguren poeta conocido por todos nosotros, pero también el Eguren íntimo, natural y espontáneo en el ámbito familiar inaccesible al lector y a los extraños, como también el Eguren aún más íntimo, con pensamientos, vivencias y sentimientos que tal vez nunca fueron expresados ni en poemas ni en conversaciones familiares o amicales: ¿qué pensaba, qué sentía, cuando no escribía?, ¿cuántos poemas pasaron por su cabeza pero no encontraron la oportunidad de ser escritos? En fin, está también el Eguren andarín, el Eguren amigo. Y también el Eguren que incursiona en la prensa escrita.

¿Lo hace por necesidad, como se ha sugerido?, ¿o recibe la invitación de algún editor con la suficiente cultura y sensibilidad como para saber que los aportes escritos de Eguren enriquecerían su diario o revista?, ¿lo hace de buena gana? **“Para quien tuviese vocación de ensayista, novelista o poeta, el periodismo era una asignatura que bordeaba el castigo. Un mal que no era menor”**, escribe el ya citado Podestá Airdi (2018, p. 473).

Sea como castigo, como fuente adicional de ingresos, o como una oportunidad bienvenida de seguir con su actividad literaria, Eguren escribe una cantidad



considerable de trabajos. En su prosa periodística también brilla la excelencia de su pluma. No son noticias por supuesto la que él escribe; tampoco artículos sobre temas relevantes para la sociedad de su momento. Son más bien escritos en los que trata temas de su interés con la amplitud que la prensa permite. ¿Cuántos de ellos fueron leídos por quienes cumplían con el ritual cotidiano de la compra de diarios?

Sus artículos revelan el trabajo intenso que sustenta todo lo que Eguren crea. He aquí las líneas iniciales de sus “Notas limeñas” (Eguren, 1931), en las que el andariego escritor nos da a conocer una Lima en la que la fantasía es atenuada con algunos atisbos de la realidad citadina:

VISION ANTIGUA. Nueve de la mañana. Las calles de Lima oreadas del aguacero, con un sol festivo, con claridades de oro y sombras azules. Campanas; las campanas alegres, las campanas bobas. Las niñas vuelven de misa. Ojos verdes, ojos negros, rosarios, brillos, risas. Miran a todos sin ver a nadie. Hablan y sueñan, el paseo, la madre colegiala, los enamorados bobos como las campanas. Todos ellos son bobos. Van por las calles: espaderos, bodegones, plumereros. Cada nombre es un poema evocador; oros antiguos, orientes de azulejos, galas, castellanas, galas de Sevilla. Memorias de un mundo pintoresco, panoramas de ultramar y de otros sueños: Filipinas, Valladolid; marqueses, paladines de España. Tienen nombres de maravilla estas calles. La infancia sueña con ellos, imaginando el de Barbones como una banda de curvos figurones de barba, y el de Animitas como las tristes viejecitas blancas, como la Santa Campana. La Lima de los recuerdos, se ve al través de un cristal rosa y verde. Ha sido nombrada por la nobleza: “La ciudad de los reyes” y por los poetas: “La ciudad de la gracia”. Es la dama gentil, siempre limeña. Las niñas ríen; bajo el sol de la mañana y miran las vitrinas; joyas, juguetería con olor a madera pintada. Van al paseo, al sarao, a las fiestas volubles: con corazón; sin corazón; pero siempre en la gracia y lisura que les son propios; lo es la gracia por sutileza ingenua y la lisura por ser una palabra inventada por ellas, y porque les pertenece en concepto. Lisura es una candorosidad picaresca que tiende al rojo, pero se queda en rosa. Se diría que cada limeña es una lisura; es decir, una rosa, una nubilidad sin espinas.

Qué diferentes esa Lima y los limeños de la imagen que tiene Mariátegui, para quien la ciudad tiene “damas elegantes” y “huachafas, ociosos y granujas”, y sus habitantes en general tienen un horizonte intelectual bastante estrecho y gris.

En verso y en prosa aparece así Eguren en dos dimensiones aparentemente contradictorias: por un lado, en su naturaleza delicada, receptiva de detalles y atisbos que pasan desapercibidos a otros y que son integrados en un mundo fantástico inagotable, pero también, en su condición de privilegiado artesano de la palabra, pertinaz y perseverante.

Referencias bibliográficas

- Alajouanine, T. (1972). *Littérature et épilepsie. L'expression littéraire de l'extase dans les romans de Dostoievski et dans les poèmes de Saint Jean de la Croix*. En: Catteau, J., ed. *Dostoievski, Cahiers de l'Herne*, nro. 24, 309-324.
- Blumenfeld, W. (1925). *Historische Wissenschaft und Psychologie. Jahrbuch für Philologie*, 1, 269-299.
- Brodsky, J. (1996). *Von Schmerz und Vernunft. Über Hardy, Rilke, Frost und andere*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Casals, J. (2015). *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*. Barcelona: Anagrama.
- Celan, P. (2013). *Obras completas*. Madrid: Trotta, 7ma. edición [trd. De José Luis Reina Palazón].
- Eguren, J. M. (2005). *Notas limeñas*. En: *Obra poética. Motivos*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho [prólogo, cronología y bibliografía de R. Silva-Santisteban].
- Eguren, J. M. (2015). *Poesías completas*. Lima: Biblioteca Abraham Valdelomar. Academia Peruana de la Lengua [edición, estudio preliminar y notas de Ricardo Silva-Santisteban].
- Freud, S. (1968a). *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 2, 457-493.
- Freud, S. (1968b). *El “Moisés” de Miguel Ángel*. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 2, 1069-1082.
- Freud, S. (1968c). *Dostoievski y el parricidio*. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 2, 1136-1145.
- Fumaroli, M. (2019). *La extraordinaria difusión del arte de la prudencia en Europa. El “Oráculo manual” de Baltasar Gracián entre los siglos XVII y XX*. Barcelona: Acantilado.
- Galateria, D. (2011). *Trabajos forzados. Los otros oficios de los escritores*. Madrid: Impedimenta.
- Gardner, H. (1995). *Mentes creativas. una anatomía de la creatividad vista a través de las vidas de Sigmund Freud, Albert*



- Einstein, Pablo Picasso, Igor Stravinsky, T.S. Eliot, Marta Graham y Mahatma Gandhi. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Guardini, R. (2019). *Vom Sinn der Schwermut*. Munich: Verlagsgemeinschaft Topos Plus.
- Hopkins Rodríguez, E. (2015). *Solo literatura. Estudios*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Jamison, K. R. (2017). *Robert Lowell: setting the river on fire: a study of genius, mania and character*. New York: Knopf.
- Jaspers, K. (1968). *Genio y locura*. Madrid: Aguilar [original en alemán: 1922].
- Kretschmer, E. (1961). *Constitución y carácter. Investigaciones acerca del problema de la constitución y de la doctrina de los temperamentos*, Barcelona: Labor, 3ra. edición, trd. del alemán de José Solé Sagarra.
- Lange-Eichbaum, W. (1928). *Genie-Irrsinn und Ruhm*. Munich: Reinhardt.
- Le Rider, J. (2016). *Los judíos vieneses en la Belle époque*. Barcelona: Ediciones del Subsuelo.
- Lersch, Ph. (1932). *Gesicht und Seele. Grundlinien einer mimischen Diagnostik*. Munich: Reinhardt.
- López Pérez, R. (2008). *Creatividad con todas sus letras. Diccionario de conceptos y expresiones habituales en el campo temático de la creatividad*. Santiago (Chile): Editorial Universitaria.
- Manganelli, G. (2014). *La literatura como mentira*. Madrid: Dioptrías.
- Montesinos, T. (2014). *Melancolía y suicidios literarios. De Aristóteles a Alejandra Pizarnik*. Madrid: Fórcola.
- Pérez Garay, C. (2019). La correspondencia de Ricardo Palma en la Biblioteca Nacional del Perú. *Aula Palma*, 18, 211-234.
- Podestá Airaldi, G. (2018). *Apología del aventurero. José Carlos Mariátegui*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Pongratz, L. J. (1975). *Lehrbuch der Klinischen Psychologie. Psychologische Grundlagen der Psychotheapie*. Gotinga: Verlag für Psychologie Dr. C. J. Hogrefe.
- Roudinesco, E. (2019). *Diccionario amoroso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Debate, trd. del francés de Alan Boldouyre.
- Silva-Santisteban, R. (2019). Introducción. En: Valdelomar, A., *El Caballero Carmelo y otros cuentos*. Lima, El Conde Plebeyo Editores, 7-15 [Selección y prólogo de R. Silva-Santisteban].
- Sparr, T. (2020). *Todesfuge. Biographie eines Gedichts*. Munich: DVA.
- Walker, A. & Fitzgerald, M. (2014). *Unstoppable brilliance*. Dublín: Liberty Press.
- Wellek, R. & Warren, A. (2009). *Teoría literaria*. Madrid: Gredos.
- Williamson, E. (2006). *Borges. Una vida*. Buenos Aires: Seix Barral.

Recibido el 10 de octubre de 2022
Aceptado el 21 de noviembre de 2022